

LA REVOLUCIÓN TIENE NOMBRE DE MUJER



MAR DE
ACERO

MAR DE FUEGO II

NATALIE C. PARKER

RBA

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes que en él aparecen son todos producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, sucesos o lugares es pura coincidencia.

Título original inglés: *Steel Tide*.

Autora: Natalie C. Parker.

Publicado originalmente por Razorbill,
un sello de Penguin Random House, LLC, New York.



Producido por Alloy Entertainment, LLC.

© Alloy Entertainment y Natalie C. Parker, 2019.

© de la traducción: Alexandre R. Brunet, 2019.

© de la ilustración de cubierta: Compañía, 2019.

Diseño de cubierta: Corina Lupp.

Adaptación de interior y cubierta: Compañía.

© de esta edición: RBA Libros, S. A., 2019.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición: octubre de 2019.

RBA MOLINO
REF.: ODBO589
ISBN: 978-84-272-1997-7

REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL • EL TALLER DEL LLIBRE, S. L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

PARA SEAN Y MAUREEN,
TRAVIS Y CARLY:
MIS HERMANOS ANTES DE QUE LA LEY
SE PRONUNCIARA AL RESPECTO.



Antes

Esa noche sentía que las estrellas estaban cerca. Acunado por la cofa de vigía, subido al mástil principal en una noche tan oscura, Donnally sentía que estaban especialmente cerca, prácticamente a su alcance. Le encantaba ese sentimiento ilusorio e inquietante de estar suspendido en el aire. Si permanecía inmóvil y respiraba acompasadamente llegaba a convencerse de que hundirse hacia el cielo era igual de posible que caer al mar. Por un instante, sintió que su cuerpo era ligero como el aire y que tenía el universo entero al alcance de los dedos. Pero cuando extendió la mano para arrancar una estrella del conjunto luminoso, la ilusión se rompió. Después de un destello desconcertante que le provocó un mareo, volvió a formar parte de la Tierra, con los pies plantados firmemente en el suelo de la cofa de vigía, y la cabeza bien alta.

—¡Quieres dejar de molestar al cielo! —Ares chocó contra uno de los lados de la esfera que los protegía, cansado y aburrido. Esa combinación hacía que estuviera irrita-

ble. Era alto como su hermana mayor, y el destino le había obsequiado con unas espaldas anchas y unos brazos largos. Su piel era del mismo color tostado que la de Piscis, tenía el pelo negro y largo.

—¿Y a ti qué te importa? —preguntó Donnally, asomando la cabeza del revés por la cofa de vigía, convirtiendo así el océano en el cielo.

Oyó que Ares suspiraba y hacía crujir los nudillos. La realidad era que probablemente no le importaba en absoluto. A él, en cambio, sí que le importaba estar despierto a esa hora y la manera que tenía la cofa de vigía de balancearse como un péndulo. Tenían doce *vuel*tas respectivamente, y llevaban el tiempo suficiente siendo amigos para que Donnally supiera que la irritación de Ares era como una flecha en busca de una diana. Había sido esa diana en muchas ocasiones y prefería no repetir. Ares no respondió y Donnally tampoco insistió.

Llevaban en los puestos de vigilancia casi una hora, el tiempo suficiente para que Caledonia y Piscis alcanzaran la isla cercana llamada Gem y empezaran a recolectar, pero no lo suficiente como para pensar que su regreso iba a ser pronto. Donnally se inclinó todavía más en la cofa de vigía; dejó que sus brazos colgaran por la barandilla y que la sangre se le subiera a la cabeza. El océano era de color negro y estaba ligeramente agitado. El vaivén de la marea lamía el casco de la nave Fantasma, que se balanceaba de un lado a otro.

De repente, Donnally sintió que un pie le daba una patada hacia arriba. La fuerza de la misma levantó su cuerpo entero, que empezó a deslizarse por el borde. Gritó y agitó los brazos hasta que unas manos se aferraron a sus rodillas y tiraron de él hasta volver a meterle en la cofa, donde Ares se reía a carcajadas.

—¿Sabes que estás atado, verdad? ¿Que no puedes

caerte? —Ares reía más fuerte todavía, con las manos apoyadas sobre sus rodillas.

A Donnally no le pareció nada gracioso. Se lanzó a por Ares, y estuvo a punto de darle un puñetazo. Pero este era más alto y fuerte. Esquivó la embestida con facilidad, tiró del brazo de Donnally y le quitó el abrigo gris con un movimiento delicado. El abrigo salió volando y cayó aleteando hasta el suelo.

Ahora sí que estaba furioso. Donnally sentía que la rabia se le subía a las mejillas y se le metía en los puños. Rugió y volvió a abalanzarse sobre Ares.

—¡Chicos! —Era la voz del padre de Donnally, que les hizo detenerse de inmediato. Se habían metido en un lío. No importaba que fuera Ares quien hubiera empezado. Estaba prohibido armar jaleo en la cofa de vigía—. Parece que no estáis suficientemente ocupados.

Donnally miró por encima del borde, esta vez seguro de cogerse bien a la barandilla. Vio a su padre cerca de la barandilla de babor, con el mentón levantado mientras observaba a los chicos y un abrigo gris que le cubría los hombros.

—He encontrado tu abrigo —le gritó a Donnally.

Ares volvió a reír, mientras Donnally echaba humo.

—Gracias.

Efectivamente, se habían metido en un lío. Donnally lo notaba en la expresión de su padre. Los pondrían a trabajar en la cocina unas cuantas semanas: a pelar y enlatar las frutas y verduras que las chicas trajeran de vuelta, y a aguantar las historias de Orr, el cocinero, sobre cómo eran las cosas antes. Pasarían calor, sería tedioso y aburrido. Y todo por culpa de Ares.

—Oye —dijo Ares, con sentido del humor—. Nunca te dejaría caer, Donnally. Solo estaba jugando.

Donnally tramaba su venganza cuando se oyeron tres

disparos al aire.

La nave se quedó inmóvil como una piedra. Los ojos de Donnally y Ares se cruzaron por un segundo, y se pusieron a otear las aguas alrededor de Gem. Buscaban algo —luz, movimiento, a sus hermanas— pero no encontraban nada.

En la cubierta de debajo, la tripulación se puso en marcha de forma silenciosa. Se movían en todas las direcciones, preparando la nave para zarpar. Bajaron las cuerdas para tender ropa, se llevaron las cabras al interior, se deshicieron de los lechos de flores, todo ello sin pronunciar una sola palabra, ejecutando las órdenes sin hacer el más mínimo ruido. Era una escena familiar. Rhona entrenaba esta maniobra de forma habitual; las partes de la nave estaban perfectamente engrasadas y ensambladas. En breves instantes estarían listos para partir.

En el fragmento de océano que separaba la Fantasma de la isla de Gem no se veía ninguna pequeña embarcación con Caledonia y Piscis en su interior. Donnally observaba la coreografía que se desarrollaba por debajo como si el tiempo se hubiera detenido: por un lado le reconfortaba la rutina, pero por el otro sentía miedo, porque esta vez la cosa iba en serio. Estaban preparándose para huir.

Ares cogió a Donnally del hombro, con los ojos bien abiertos del miedo.

—¿No vamos a abandonarlas, verdad? —murmuró.

Donnally quería responder que no, pero en su estómago una espiral de terror se retorció como una serpiente.

—*No ser visto nunca* —dijo, citando la primera regla de la nave.

Ares perdió el control de sus fuerzas. Parecía horrorizado y de repente también enojado.

—No.

Antes de que Donnally pudiera detenerle, Ares se desabrochó el arnés y escaló para salir de la cofa de vigía.

Descendió sin tiempo para atarse a la cuerda de seguridad. Donnally le seguía. Se desabrochó el arnés y bajó por el mástil principal tan rápido como le permitían sus manos temblorosas.

Llegaron a la cubierta a tiempo para ver cómo su mundo se tambaleaba. Sus padres estaban cerca del puente, pegados los unos a los otros, enfrascados en una tensa conversación.

Los chicos fueron directamente hacia ellos, abriéndose paso hacia el interior del círculo justo a tiempo para oír lo que decía la madre de Ares:

—¿Qué pasa si es una falsa alarma? ¿Y si han disparado a un animal y las abandonamos?

—En ese caso podrán sobrevivir un par de días. —Rhona Styx estaba de pie con los brazos cruzados. Un rifle colgaba de su hombro—. Todo esto me gusta tan poco como a ti, Agnes. Pero nuestras chicas saben lo que hacen. Nos esperarán.

—Pero deberíamos ser nosotras quienes las esperaríamos a ellas. —Agnes plantó las manos en la curva de sus caderas.

—¡Chicos! —gritó el padre de Donnally—. ¿Quién está vigilando?

Lo que sucedió en el rostro de Donnally fue respuesta suficiente. Su padre soltó una palabrota y corrió hacia el mástil principal, pero ya era demasiado tarde.

—Capitán. —Un joven llamado Bandi se dirigió a él desde la torre del puente—. Estamos en apuros. Un buque de asalto. Está cerca, y pronto estaremos rodeados.

—Mierda —Rhona apretó la mandíbula mientras se giraba para examinar el océano.

Todas las veces que la Fantasma se había encontrado con un barco Bala habían hecho lo mismo: huir. Donnally era demasiado joven para recordar las veces que habían

conseguido escapar por los pelos, y había crecido pensando que huir era la única forma de sobrevivir.

Pero en aquellos instantes, huir era lo último en lo que pensaba.

Solo conseguía pensar en su hermana. ¿Había sido ella quien había disparado? ¿O acaso le habían disparado a ella?

¿Volvería a verla?

—Rhona —dijo el padre de Donnally, colocándose a su lado—. Capitana, ¿cuáles son las órdenes?

Los ojos de Rhona se posaron sobre Donnally. Su mirada era tan poderosa como el sol, y él se sintió reconfortado y envalentonado al mismo tiempo. Tenía miedo por su hermana, casi más del que podía soportar, pero sonrió a su madre para demostrarle que él también era valiente.

Rhona asintió y tragó con dificultad.

—Me temo que no hay elección —dijo—. Levad las anclas y agarrad las pistolas. Vamos a luchar.

Al oír estas palabras la nave pareció transformarse. Se gritaban órdenes en todas las direcciones, incluso el mar parecía golpear el casco con más fuerza que unos segundos antes. Rhona avanzó hacia Donnally, retuvo a su hijo entre sus brazos y lo sujetó con fuerza. Le dio un beso en la cabeza y después lo soltó.

—Haz lo que te diga tu padre. Te quiero, valiente mío.

—Yo también te quiero —dijo Donnally, mientras ella escalaba hacia el puente y desaparecía en el interior.

—Vamos. —El padre de Donnally le cogió la mano y tiró de él hasta el alcázar, donde algunos adultos con las bocas apretadas vigilaban a un grupo de niños. Agnes estaba allí, ayudándoles a pasar por encima de la barandilla y bajar hasta el único bote que quedaba.

—No quiero ir —protestó Donnally. El miedo atravesaba su interior—. Quiero quedarme contigo.

Pero su padre lo arrastró y solo se detuvo al llegar a la barandilla.

—Tienes que ir. Volveremos a por ti, pero ahora tienes que alejarte al máximo de la nave. Dirígete a Gem y encuentra a tu hermana.

En la distancia se oyó un canturreo mortífero que atravesaba el aire; se oía cada vez más cerca y más fuerte. La tripulación de la Fantasma había perdido cualquier esperanza de tranquilidad. Se habían convertido en una máquina muy diferente a los ojos de Donnally: una que sonaba a balas chasqueando contra las paredes de una habitación.

—¡Tagg! —gritó Agnes—. Se nos acaba el tiempo.

De repente, Donnally se sintió aplastado contra el pecho de su padre.

—Encuentra a tu hermana —repitió, estrujando al chico aún más fuerte—. Encuentra a tu hermana y vive.

Sin apenas darse cuenta, Donnally se encontró acurrucado en el bote que esperaba en el agua. Había ocho niños a bordo. Astra, Derry, Lucero y Jam estaban en silencio, con los ojos clavados en el casco de la Fantasma, mientras los demás escudriñaban el barco que se acercaba en medio de la oscuridad. Ares y Lucero, los dos mayores y más fuertes, cogieron los remos y pronto el bote avanzó por el agua, en dirección a la isla en la que se encontraban Caledonia y Pisis.

Por un instante solo se oyó el gemido constante de la chimenea fantasma y a Astra, que se sorbía los mocos. Parecía que el tiempo estuviera sujetado con tornillos alrededor de la pequeña embarcación. Donnally no apartaba la mirada de la oscura silueta de la isla que tenía justo enfrente. Deseaba que el tiempo se detuviera en aquel preciso instante, de forma indefinida. Entonces se produjo un destello: un grito terrorífico se convirtió rápidamente en un rugido ensordecedor.

Donnally no pudo evitarlo. Se giró para ver el barco Bala acercarse a la Fantasma.

La proa del barco Bala estaba cubierta de rojo, como si fuera una mancha de sangre. Los hombres llevaban arneses y se movían de un lado a otro armados con bombas magnéticas, enfurecidos. El perímetro del barco estaba cubierto de puntas como espinas, en cada una de las cuales había cuerpos ensartados en distintos estados de descomposición.

Cada músculo del cuerpo de Donnally se contrajo. El pequeño bote avanzaba cada vez más rápido gracias a la estela del barco Bala. Por detrás, Donnally oía a Ares marcar el ritmo para sincronizar el movimiento de los remos, y Lucero seguía.

Al minuto siguiente la Fantasma estaba cubierta en llamas. Los niños sabían que ir más rápido tampoco les salvaría.

Había una parte pequeña pero iluminada de la mente de Donnally que permanecía tranquila y distante como una estrella. Era la parte que estaba maravillada ante la facilidad con la que el barco Bala había sometido a la Fantasma. El caos aparente de la furia de los Balas era solo una ilusión. En realidad eran como un coro dirigido por manos expertas, que daba con la tecla más mortífera justo en el momento exacto. Después de que las bombas magnéticas debilitaran a la Fantasma y empujaran a la mitad de la tripulación a esconderse bajo cubierta, los Balas atacantes superaron sin dificultades a aquellos que permanecían en la parte superior. Donnally observó el desarrollo de la batalla con juicio y sentido de la estrategia. Poco a poco, su cuerpo empezó a tranquilizarse.

—¡Rema! —gritó Ares.

Pero Lucero se estaba quedando sin fuerzas. Y si algo sabían hacer los Balas era encontrar a niños que huían. Un

pequeño bote ya avanzaba por el agua en su dirección.

—¡Rema! —volvió a gritar, con un hilo de voz cada vez más fino, a causa del pánico. Los Balas se detuvieron a su lado, pero Ares seguía remando. No paró hasta que los rodearon en dos ocasiones y dispararon un único tiro a la proa de su pequeña embarcación.

Los dedos de Ares se tensaron alrededor del remo, como si estuviera considerando la posibilidad de luchar. Sus pensamientos rebeldes estaban claros: si iban a morir, por lo menos llevarse a uno o dos Balas por delante.

—Tienes dos opciones, recluta —dijo un Bala que tenía sangre fresca esparcida por las mejillas.

Dos opciones. Vivir o morir.

—Ares —susurró Lucero desde la parte posterior del bote. En pocos minutos se habían convertido en una tripulación, y todos los presentes buscaban a Ares para que los liderara. Donnally puso una mano en la espalda de Ares, quien dejó de agarrar el remo con tanta fuerza. Meneó la cabeza y lo soltó.

—Buena elección —sonrió el Bala.

Los Balas amarraron el bote de los niños y avanzaron hacia el barco con la franja roja en la proa. La Fantasma se hundía en el agua, con humo saliendo de la cubierta y un boquete abierto en uno de los lados. Cuanto más se acercaban a ella, más se aferraba la mente de Donnally a esa estrella distante. Olía el humo, escuchaba los gritos, y cuando el bote impactó contra un cadáver, lo cual hizo llorar al resto de niños, él solo pensó que probablemente era mejor una tumba de agua que lo que les aguardaba.

Su mirada se dirigió a las puntas en el perímetro del barco Bala. Una a una, fueron separadas de los soportes y, como los pétalos de una flor, colocadas sobre la cubierta, que no alcanzaba a ver. Mantuvo los ojos bien abiertos cuando volvieron a levantar las puntas, esta vez con los

cuerpos ensartados de personas queridas, exhibidos como advertencia a cualquiera que se atreviera a escapar de los brazos del Padre.

Su corazón palpitó en el pecho; algo duro y desconocido crecía en lo más profundo de sus pulmones. Pero en su mente la estrella distante desprendía una luz tenue y relajante. Permaneció inmóvil.

No fue hasta que vio su abrigo gris revoloteando alrededor de una figura familiar que empezaron a caerle las primeras lágrimas. Mientras los Balas obligaban a los niños a subir por una escalera, vio como empalaban el cuerpo de su padre en una punta, cerca de la parte delantera del barco. Entonces la estrella distante que tenía en la mente se estampó contra el suelo. En un momento de desesperación, Donnally se puso en pie y corrió hacia su padre.

—¡No lo toquéis! —gritaba, pero apenas sabía qué—. ¡Os colgaré! ¡Meteré vuestros cuerpos en espetones y os asaré!

Los Balas que maltrataban el cuerpo de su padre dejaron de trabajar, perplejos al ver que Donnally se aproximaba.

Se detuvo justo enfrente, furioso porque estaban manoseando el cuerpo de su padre, más enfadado todavía por el hecho de que lo consideraran un objeto de diversión, más que de respeto. Su mente daba vueltas hasta que lo único que quedó fue una ira perfecta.

Respiró profundamente y soltó un rugido.

El sonido lo llenó por completo. Era primitivo, desagradable, ruidoso. Era como si la fiebre estuviera recorriendo todo su cuerpo, transformando cada parte de sí mismo.

—A eso le llamo yo un buen grito de batalla.

Un chico más mayor se acercó a Donnally. Tenía una corona de pelo rubio y el rostro como si fuera una colección de cuchillos. Devolvió la mirada asesina de Donnally con

unos ojos azules penetrantes.

—Esa rabia te vendrá bien —dijo el chico—. ¿Cómo te llamas?

Donnally levantó el mentón y afiló la mirada.

De repente el chico estaba muy cerca. Cogió a Donnally de la mandíbula y empujó su cabeza hacia atrás para ver el tatuaje que tenía en la sien. Por su mirada pareció que lo reconocía. Luego lo soltó.

—Tu hermana era muy valiente.

En un primer momento, las palabras carecieron de sentido. Donnally supuso que estaba hablando de otra persona. Pero entonces una realidad espantosa quebró su mente como un viento que se lo lleva todo por delante.

—¿Vendrás conmigo, hermanito? —preguntó el chico amablemente—. Ven conmigo y te enseñaré a ser tan valiente como ella.

En el recuerdo de Donnally apareció una imagen de Caledonia. Reía orgullosa y una brisa amable empujaba su pelo hacia atrás. ¿Cómo había muerto? El chico que tenía delante quería que se lo preguntara. Quería decírselo. Estaba convencido de ello.

—¿No te gustaría ser valiente? —le preguntó—. Dime, ¿cómo te llamas?

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Donnally. Las sentía en la piel, pero no en el corazón.

—Donnally.

El chico de los cuchillos en el rostro volvió a sonreír.

—Hola, Donnally. Me llamo Lir —dijo mientras extendía la mano—. Soy tu nuevo hermano.